

CONFERENCIA IX

LA IGLESIA COMO AUTORIDAD

1. **La fuerza de un pueblo está en su respeto á la autoridad.**—Tres cosas especialmente constituyen la fuerza de un pueblo: el respeto á la religión, la moral pura y la obediencia á la autoridad. Nadie pondrá en duda que, entre estas tres cosas, las dos primeras son las más importantes. Pero un pueblo que es demasiado desdichado para perderlas, es, con todo, fuerte mientras conserva la última. Cuando dos razas que han perdido el entusiasmo religioso y el poder invencible de una moral íntegra, chocan entre sí, la victoria se decide por la que es superior en orden y disciplina. Allí donde existe una vigorosa disciplina, reina un poder irresistible; pero allí donde no existe la obediencia, el mayor poder se hunde.

En el curso de los siglos no se ha visto pueblo alguno que haya superado á los germanos en respeto á la autoridad. Esto es lo que convirtió á nuestros abuelos en dueños de las otras naciones. En aquellos tiempos de fuerza, la sumisión servil y la rastrera lisonja eran vicios desconocidos para ellos. Pero la sumisión sin reserva les parecía la primera de todas las virtudes terrenales. La infidelidad para con el príncipe y la falta de solicitud para el bien común son calificadas por el cura Conrado—medítese bien lo que significa esta expresión en boca de un sacerdote—de crimen peor que la traición de Judas. ⁽¹⁾ Fidelidad, fidelidad hasta la muerte; tal era para los germanos de otros tiempos el primero de los deberes, el más bello de los or-

(1) Kuonrât, *Rolandslied*, 6102 y sig.

namentos y la idea que en último término abandonaba su mente. El poeta que acabamos de citar dice que no puede creer que todo aquel que haya gustado una vez la fidelidad, pueda jamás olvidarla. ⁽¹⁾

Duró esto tanto como nuestros tiempos heroicos. Mientras nuestros antepasados vieron en el príncipe al servidor de Dios, al intérprete autorizado de la voluntad divina, que conoce todos los derechos, y que los enseña al pueblo tal como los ha aprendido del cielo; ⁽²⁾ mientras vieron en cada uno de sus jefes el vaso de la misericordia divina, ⁽³⁾ el pastor del rebaño de Cristo, ⁽⁴⁾ y creyeron honrar á Dios en su persona, ⁽⁵⁾ fueron el primero de todos los pueblos. Pero, á partir del Interregno, aquella época terrible huérfana de emperador, desapareció la edad viril de nuestra nación. Antes escogían para emperador al más poderoso de los príncipes, á fin de que pudiese hacer cumplir su voluntad con energía, y por eso el Imperio era poderoso, y todos los súbditos gozaban de seguridad y libertad. Pero desde entonces, escogieron al más débil para hacer de él lo que quisiesen. De aquí que, según la expresión del cronista, el Imperio cayó enfermo, como no lo había estado nunca hasta entonces, y ya no hubo autoridad alguna. De ello resultó tal miseria y desunión, que nadie podía considerarse seguro, si no contaba con quien pudiera protegerse y proteger á los suyos. ⁽⁶⁾ La antigua libertad de palabra, la antigua destreza leal, la independencia inflexible de la persona, desaparecieron con el respeto á la autoridad y con el sentimiento de que sólo la honra quien se somete al orden y á la ley, en virtud de un poder más elevado establecido por Dios. Prefirióse renunciar á la fuerza viril y á la libertad, únicamente para poder abandonarse á la insubordina-

(1) Kuonrât, *Ibid.*, 1975 y sig.

(2) *Ibid.*, 697 y sig. Joan. Saresb., *Polycrat.*, 4, 6.

(3) (Fulgent. Ferrand.) *De veritat. prædest. et grat.*, 2, 22. Concil. Mogunt, 888, c. 2.

(4) Aponius, *In cant. cant.*, l. 2. (Bibl. Lugdun., XIV, 108 h.).

(5) Petr. Bles., *Tractat. Quales*, 3, 16.

(6) Fritsche Closener, *Strassburger Chronik*. (Stuttgart, 1842, 126). Eike von Repgow, *Zeitbuch* (Maszmann. 1857, 501 y sig.).

ción. La nación cayó de la cumbre del poder incontestado, en que hasta entonces había vivido, y perdió con la obediencia la supremacía sobre el mundo. ⁽¹⁾

2. Toda autoridad viene de Dios, incluso la del tirano.—Pero para que el respeto á la autoridad posea esta fuerza de que hemos hablado, preciso es que descansa en la verdadera base. Toda obediencia no constituye la fuerza. Una sumisión que reconozca por causa la adoración del éxito, la cobardía, el egoísmo, paraliza, enerva y produce la esclavitud. Para que ennoblezca la obediencia, preciso es que uno reconozca en el poder al cual se somete la expresión de una dignidad más elevada que el hombre.

Ahora bien, precisamente esto es lo que la doctrina cristiana inculca con toda la seriedad de que es capaz. Según ella, toda autoridad viene de Dios, y el que resiste á la autoridad, resiste al orden por Dios establecido. ⁽²⁾ No hay poder alguno que no deba referirse á la voluntad de Dios, ⁽³⁾ y al que no se deba obedecer á causa de Dios. ⁽⁴⁾ Aun el tirano que se ha hecho dueño del poder por la violencia y la injusticia, lo ha sacado de Dios. ⁽⁵⁾ Todos tienen el deber de rogar por él y de soportar su yugo en la obediencia. ⁽⁶⁾ Porque vale más que exista un estado de dura violencia, que no que sucumba toda autoridad. La violencia como tal, que ejerce el tirano, es y continúa siendo una expresión del poder divino. El hecho de haber escalado el poder por medios injustos y de ejercerlo de un modo semejante, no entraña su caducidad. ⁽⁷⁾

Aun el usurpador, el tirano, el conquistador, existen por voluntad divina. Sólo la anarquía es resultado de la

(1) Reinmar von Zweter, 2, 142 (Hagen, *Minnesinger*, II, 203).

(2) Rom., XIII, 1, 2. Sap. VI, 4.

(3) Rom., XIII, 1.

(4) I Petr., II, 13. Prov., VIII, 15.

(5) August., *Civ. Dei*, 5, 19. Remig., *In I Tim.*, 2, 2.

(6) Jerem., XXIX, 7; 40, 9. IV Reg., XXV, 24. Bar., I, 11, I Macc., VII, 33. I Tim., II, 2; VI, 12. Tit., III, 1. I Petr., II, 18. Joann. Saresb., *Polycrat.*, VIII, 18.

(7) Isidor. Pelus., 4, ep. 143. Basil., *Hom. 12 in princ. Pror.* 2. Gregor. Mag., *Mor.*, 12, 42. Thomas, 1, 2, q. 105, a. 1, ad 3.

cólera de Dios. Si Dios abandona á los hombres á sí mismos, entonces quedan abandonados; pero mientras exista un poder al cual ha confiado la empresa de regirlos, no los ha abandonado por completo. Si el tirano no existe como instrumento de la misericordia divina, existe como ejecutor de sus castigos. Ahora bien, cuando Dios considera todavía los pecados de la humanidad como dignos de corrección y de mejoramiento, no rehusa su gracia á pesar de su severidad. ⁽¹⁾ Bondad suya es cuando obliga, si bien á veces con vara algo dura, á los hijos infieles á volver al Padre que habían abandonado; ⁽²⁾ cuando juzga como merecen á los revoltosos, á fin de que aprendan, en bien suyo, á distinguir el servicio de Dios del yugo de los hombres; ⁽³⁾ cuando impone un freno de hierro á los amigos del desorden y de la injusticia, para que no se aniquilen mutuamente como los pescados se comen unos á otros. ⁽⁴⁾

Sin duda alguna, fué un ataque contra la constitución de Atenas, y, por consiguiente, una injusticia, cuando, bajo el nombre de democracia, arrogóse Pericles un verdadero derecho tiránico sobre sus conciudadanos. ⁽⁵⁾ Sin embargo, la personalidad del hombre que, á pesar de sus crímenes políticos y morales, merece el calificativo de *Grande*, del mismo modo que el poder que se había apropiado, fueron ciertamente una gracia con la cual Dios probó á la ciudad impía que no la había abandonado, á pesar de sus extravíos. No fué ciertamente con el consentimiento de los atenienses con el que un déspota manejaba sobre ellos la vara formidable, y refrenaba sus bajas pasiones con el terror y el espanto, sino según las intenciones de Dios. ⁽⁶⁾ Quizás no haya ejemplo tan convincente como éste de que una autoridad violenta é injusta, con la cual

(1) Hebr., XII, 16. Prov., XXIX, 15. Sap., XII, 22.

(2) Jer., II, 19. Act. Ap., IX, 5; XXVI, 14.

(3) Par., XII, 8.

(4) Irenæus, 5, 4. Gregor. VII, *Ep.* 8, 21; 1, 63; 4, 23.

(5) Thucyd., 2, 65, 9. Cicero, *Orat.*, 1, 50.

(6) Thucyd., 2, 65, 9.

Dios castiga á un pueblo, es una bendición y una gracia de su parte. Bajo su tiránica dominación, el arte, como el poder y la influencia de Atenas, alcanzaron su mayor apogeo. ⁽¹⁾ Bajo su mano de hierro, fué tan considerable la importancia de la ciudad, que se llegó á abrigar la idea de convocar un congreso para la paz universal. ⁽²⁾ Pero el pueblo ateniense, para el que la insubordinación y la ligereza eran una segunda naturaleza, mostróse incapaz de gozar del beneficio de una autoridad. Pericles comprendió que debía caer, porque el pueblo no era ya digno de su disciplina; pero con él cayeron también todo poder y toda barrera. Los atenienses descendieron tan bajo, que Dios no pudo ya poner entre las manos de un déspota sus designios para corregirlos. Entonces los abandonó á sí mismos, á fin de que, en su indisciplina, aprendiesen cómo un poder que Dios ha establecido merece la preferencia sobre una situación de independencia impotente.

A partir de aquel momento, ya no hubo tiranos, pero el pueblo se tiranizó á sí mismo. Un comerciante de ganados, ⁽³⁾ un curtidor, ⁽⁴⁾ que no podía ya continuar su comercio á causa de las trampas más vulgares que á toda hora cometía contra los aldeanos, ⁽⁵⁾ fueron los únicos que, entre aquella masa sin dueño y sin freno, sobresalieron con sus escándalos y vociferaciones ⁽⁶⁾ en las asambleas populares, y por la manera con que favorecieron las más bajas pasiones del pueblo. ⁽⁷⁾ Entonces únicamente empezaron á conocer los buenos atenienses el beneficio que para ellos había sido ⁽⁸⁾ aquel brazo vigoroso, el más potente de su tiempo, ⁽⁹⁾ aquel brazo que habían paralizado con su insubordinación, y al cual habían imputado lo

(1) Thucyd., 2, 65, 5. Plutarch., *Pericl.*, 12.

(2) Plutarch., *Pericl.*, 17.

(3) *Ibid.*, 24, 6.

(4) Aristophan., *Equit.*, 740, y además los escolios.

(5) Aristophan., *Ibid.*, 315 y sig.

(6) Plutarch., *Nicias*,

(7) Thucyd., 2, 65, 10.

(8) *Ibid.*, 2, 65, 6.

(9) *Ibid.*, 1, 127, 3; 139, 4.

que sólo era debido á su indisciplina. ⁽¹⁾ Entonces elevaron hasta las nubes, como al más modesto y justo y sabio, al hombre que habían expulsado en otro tiempo. ⁽²⁾ Eleváronlo á la altura de Arístides, ⁽³⁾ y, como verdaderos atenienses que eran, exageraron su valor y los beneficios de su administración por modo tan desmesurado, como en otro tiempo lo habían arrastrado por el fango, de suerte que el mismo Sócrates, que, sin embargo, en manera alguna estaba dispuesto á negar sus méritos, ⁽⁴⁾ vióse obligado á protestar contra aquellos excesos. ⁽⁵⁾

Vemos aquí la historia de la autoridad tal como se podría escribir, en otros términos, de todos los pueblos y de todos los tiempos.

3. La Iglesia es una autoridad verdadera, sobrenatural, inmutable.—También vemos con esto—por otra parte, todo el mundo lo sabe—que la independenciamiento es aquello de que el mundo está menos dispuesto á despojarse, y que una verdadera autoridad revestida de un poder superior es lo que con mayor dificultad admite. El que le inculca la creencia de que no tiene necesidad de extraño auxilio y que es suficientemente independiente para vivir sin tutela, puede permitirse mucho contra él. Una realcía burguesa, que halaga los caprichos del pueblo, ó que se considera únicamente como órgano ejecutivo sometido á las verduleras y á los fabricantes de paraguas, un ejército de predicadores que deben su existencia al favor del pueblo, son soportados fácilmente por el mundo, porque no son obstáculos para él, y si lo son, aprovecha la primera ocasión para obligarles á abandonar el campo. Pero mucho camino hay que recorrer para aceptar una autoridad seria, rigurosa, con la que no pueda hacer su voluntad. Las atrocidades de un Mario y de un Sila, ni siquiera bastaron para hacer comprender á los romanos—los cuales, sin

(1) Thucyd., 2, 21, 3. Diodor., 12, 45, 4.

(2) Isocrat., (16), *De bigis*, 28.

(3) Demosthen., *Olynth.*, 3, 21. Cf. Polybius, 9, 23, 6.

(4) Xenophon., *Conviv.*, 8, 39.

(5) Plato, *Gorgias*, 71 y sig., p. 515 y sig.

embargo, debían acabar por verlo—que no podían gobernarse ya por sí mismos, y que debían ver en un dictador como César, menos un opresor que un libertador. El cúmulo de horrores que expresan los nombres de Dantón, Robespierre, Marat, de los jacobinos, de los montañeses, del comité de salvación pública, de los asesinatos cometidos por Carrier, ahogando en masa muchedumbres enteras, apenas pudo convencer por una veintena de años á la nación francesa de que, para el mundo en general y para ella en particular, un gobierno severo es, no sólo una necesidad, sino una gracia muy grande.

De aquí que pueda decirse que el signo más cierto de una autoridad seria es su impopularidad, y que un poder que los hombres acogen con transportes de júbilo, lleva impreso en su frente el sello de la obra humana de la mentira y de la falsedad.

Si esto es así, la Iglesia terrestre de Cristo no ha de temer el reproche de que es la obra del capricho humano y de la arbitrariedad. Si fuese humano su origen, el mundo reconocería en ella su creación y entonces la amaría y la soportaría. ⁽¹⁾ Si tuviese necesidad de una prueba de que se tiene con justo título por autoridad superior, no tendría necesidad de ofrecerla, porque existe una que es de suma evidencia, y consiste en su impopularidad. Ninguna autoridad es popular, es cierto; pero no es menos cierto que no hay ninguna que sea tan impopular como la autoridad de la Iglesia. Pero lejos de ser una vergüenza ó una desventaja para ella, es esto, por lo contrario, una prueba en favor de su fuerza, de su verdad, y una prenda de su perpetuidad.

Los hombres no aman más que las creaciones de sus caprichos, y no aprueban más que lo que reconocen como su propia obra. Hablan de respeto, de abnegación, de adhesión, verdad es, pero no pronuncian seriamente estas palabras, allí donde no encuentran lisonja ni satisfacción personal. Y aun cuando esto suceda, su supuesta caridad

(1) Joan., XV, 19. I Joan., IV, 5, 6.

consiste siempre más ó menos en su amor propio. Ahora bien, esta inclinación es lo más inconstante que existe, ya que no hay nada en que con tanta frecuencia cambie el hombre como en la estimación de las cosas que deben su existencia ó su valor á sus propios caprichos. Esto es fácil de comprender: todas sus creaciones son demasiado defectuosas y limitadas para que puedan satisfacerle por modo durable; lo que debe su origen al capricho y al arbitrio de la humanidad, debe también cambiar y desaparecer con el capricho y la arbitrariedad de los hombres.

Si es, pues, verdad que la Iglesia—y nadie le disputa esto, aunque no falta quien quisiera arrebatárle este carácter—es la potencia más impopular, la más calumniada, la más combatida que existe en la tierra, precisamente porque quiere aparecer como verdadera autoridad, tres hechos importantes resultan de ello; en primer lugar, que es una autoridad real y verdadera, no sólo en cuanto al nombre, sino por su situación y su naturaleza; en otros términos, que no es solamente una obra humana. La autoridad que posee no la recibe como un apoderado, ó como el representante de ciertas sociedades humanas, es decir, de sus miembros, sino que la posee de un modo independiente y la ejerce del mismo modo. No sólo es independiente de sus súbditos, sino que les es superior, y con plenos poderes para regirlos.

Síguese, en segundo lugar, que, si no recibe de los hombres su autoridad, esta autoridad sólo puede ser sobrenatural, una autoridad que le ha sido dada por el mismo Dios. «No me habéis elegido vosotros á mí, mas yo os elegí á vosotros»,—dice el Verbo de Dios ⁽¹⁾

Finalmente, síguese, en tercer lugar, que, como no recibe su origen del poder humano, y como no depende de su capricho, tampoco cambia con la humanidad, con sus opiniones, sus épocas, sus progresos ó sus retrocesos. El mundo cambia y sus concupiscencias; ⁽²⁾ pero la Iglesia

(1) Joan., XV, 16.

(2) I Joan., II, 17.

posee la promesa de continuar existiendo, aunque el infierno abra sus puertas para tragarla, y aunque el cielo y la tierra perezcan. ⁽¹⁾ Sólo puede subsistir y no cambiar lo que está establecido sobre bases eternas é inmutables. Pero la Iglesia tiene asegurada su subsistencia constantemente, porque tiene por base la voluntad divina y el poder de Dios, así como la verdad y la justicia. Ella es aquella ciudadela construída en la cumbre de la montaña de la verdad, y visible de lejos para todos. ⁽²⁾ Ella es la montaña de la santidad, ⁽³⁾ la columna y la base de la verdad. ⁽⁴⁾

El mundo caerá en ruinas antes que se destruya el fundamento sobre que descansa.

4. La Iglesia instituída por la gracia de Dios es al mismo tiempo una gracia de Dios.—Ninguna prueba es, pues, necesaria para demostrar que la Iglesia no subsiste por el poder de los hombres, y que no ha recibido su fuerza del capricho de éstos. El mundo no ha ocultado jamás que, si dependiese de su favor, no existiría la Iglesia. Pero si la Iglesia subsiste, no obstante la animadversión de que es objeto por parte del mundo; si ofrece la gracia,—no ciertamente su gracia, ya que carece de gracia para dar, antes, por lo contrario, confiesa que de ella tiene necesidad, sino la gracia de Dios—á todos los hombres sin excepción, lo mismo á los que la desean, que á los que no le guardan miramiento alguno, ni piden consideración alguna de su parte, precisamente en este contraste se manifiesta con mayor claridad la importancia y el poder superior divino de la Iglesia.

La Iglesia es una institución que debemos á la misericordia de Dios; una gracia de Dios, una de las gracias más eficaces que Dios ha concedido al mundo. En Jesucristo, nuestro Redentor, la gracia de Dios se encarnó y

(1) Matth., XVI, 18. Luc., XXI, 33; XVI, 17.

(2) Psal., LXXXVI, 2. Matth., V, 14.

(3) Zachar., VIII, 3.

(4) I Tim., III, 15.